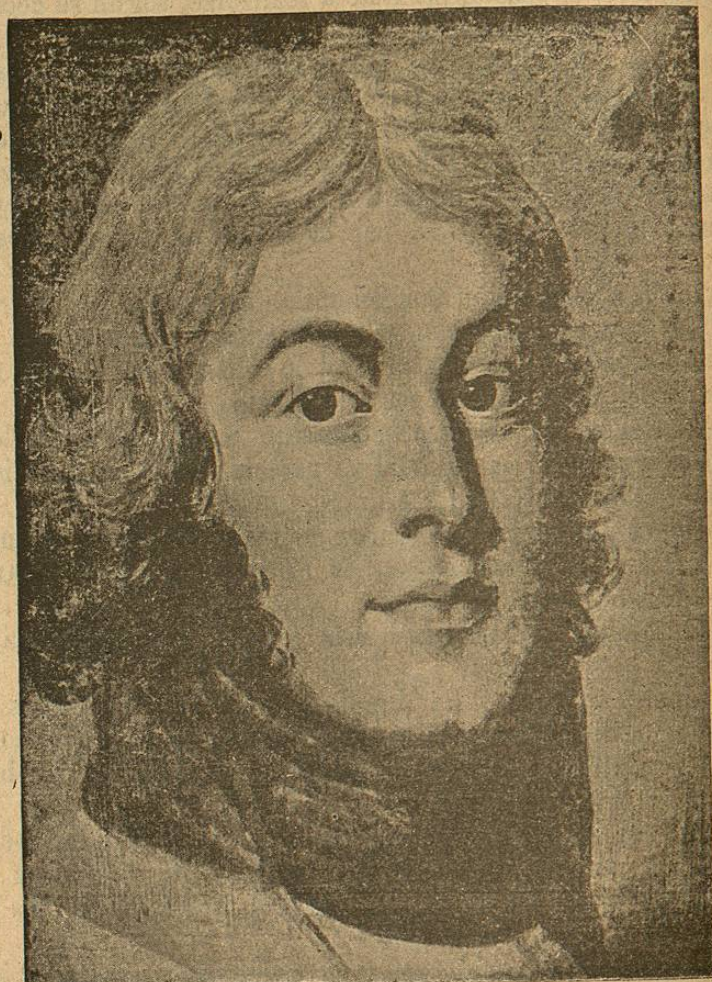


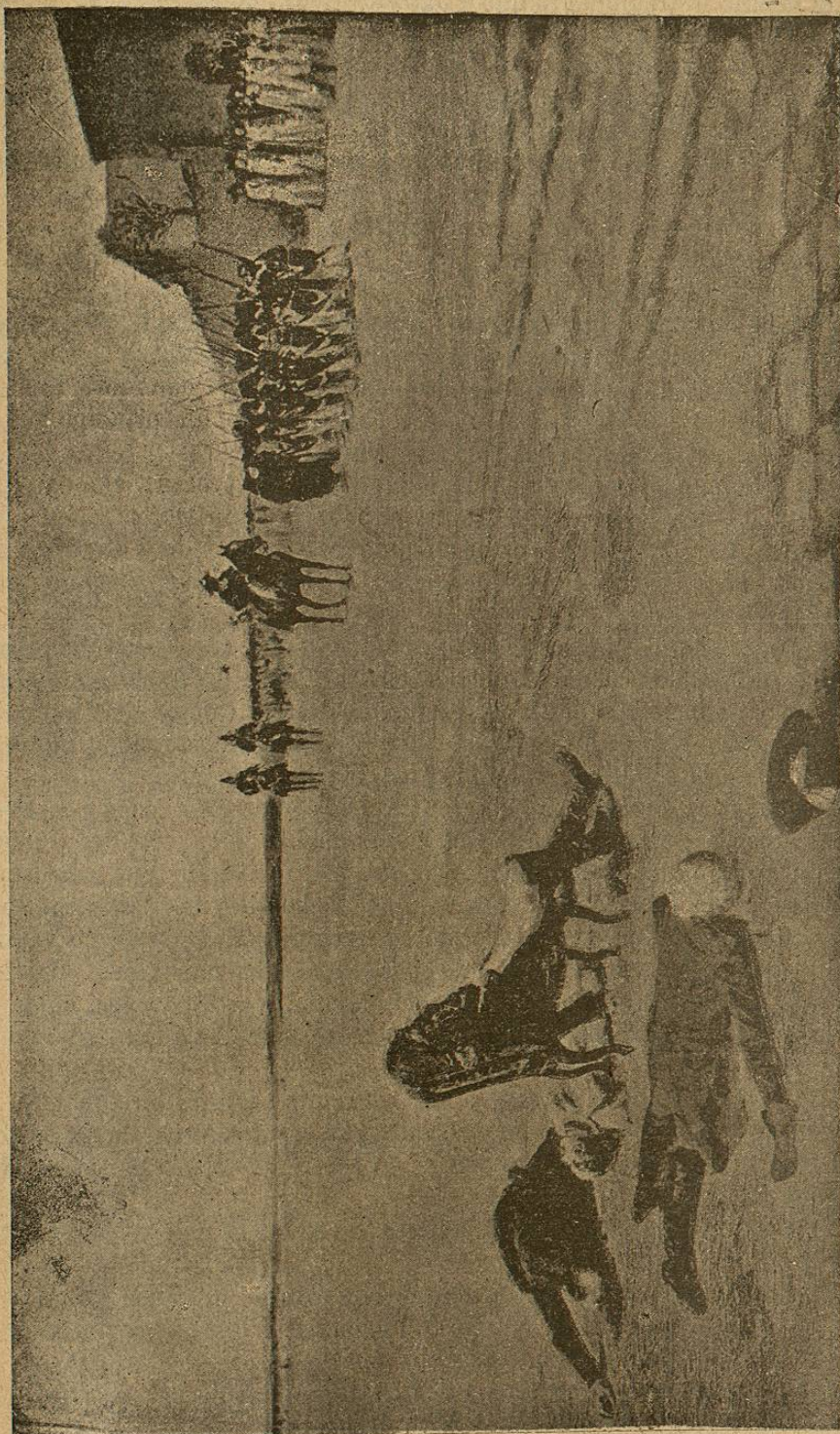
con su presencia. Los dos sentíanse débiles en presencia de los acontecimientos. «Yo desfallezco»—dijo Robespierre el 15, y se hundió en su lecho de enfermo.

EL GRAN CAUDILLO DE LA REPUBLICA



LÁZARO HOCHÉ (Retrato de la época atribuido á Gros).

Destruir á Hebert y Rousin era tarea facilísima. Pero era imposible publicar sus crímenes sin estigmatizar indirectamente la indulgencia de Robespierre hacia los departamentos de los hebertistas en la Vendée, en Lion, y más aún, desde que expidió el *certificado de inocencia* (27 de Enero). Se cambia, pues de táctica, y se ataca á Hebert



Fusilamiento de D' Elbée, por los republicanos. (Cuadro de Le Blach.—M. s. 30 de Nantes).

por el mismo procedimiento que á Jacques Roux, acusándole de haber calumniado á Danton.

Y ¡cosa extraña! Se acusa de monarquismo á Hebert, Momoro, Vincent, Rousin. Nada hay más erróneo. Todos ellos, culpables de tantos delitos, eran realmente republicanos.

Aun el miserable Hebert, al subir á la carreta para ser conducido al patíbulo, dijo: «Van á matarme, pero perecerá la República.» «No—contesta Rousin—la República es inmortal.»

¡Hermosa época en la que aun los seres más malos se sentían animados por tan elevada fe!

Para suponerlos realistas se intenta mezclar en sus procesos á una vendedora. Y después, como al asunto se le daba el nombre de *conspiración extranjera*, se mezclaron algunos extranjeros, el banquero Kook, amigo de Hebert, el belga Proly, quien bastardo de un príncipe austriaco, podía entrar en todas las conspiraciones.

Pero lo más horroroso fué que se metió en el proceso, sin causa, razón, ni pretexto á Anacarsis Clootz, el pobre y simpático alemán.

Contra Clootz existía la acusación de haber invitado á almorzar á un miembro del Departamento para saber *si tal mujer figuraba en la lista de los emigrados*.

Primero se dió este golpe á la izquierda y después se dió otro á la derecha, obligando á Amar á que acusara á Fabre. Todo lo que éste pudo hacer en beneficio de su amigo fué mostrarle no como un criminal de Estado, sino como un tramposo, un enredador. De este modo Fabre, en vez de ir á la guillotina, iría á la cárcel indefinidamente.

Robespierre, empero, no lo permitió. Dió carácter de crimen de Estado al proceso y se dirigió á la Convención: «La corrupción de ciertos individuos ha hecho resurgir gloriosamente la virtud de esta augusta Asamblea. ¡Pueblo! ¿Dónde has visto que el hombre investido con tu poder vuelva contra sí el cuchillo de la justicia? ¿Cuándo se ha visto que un Senado poderoso busque entre su seno á los traidores? ¿Quién ha podido proporcionar tan ejemplar espectáculo? Vosotros solos, ciudadanos.» ¿Habla seriamente? Sea lo que fuere, estas palabras en lo sucesivo, hicieronle más aborrecible.

El día 5 de Febrero pronunció el siguiente párrafo, terrible equivocación en labios de un hombre como Robespierre: «El terror es el único resorte que emplea el gobierno. ¿Vuestro poder no es, pues, el del despotismo?»

El 17 de Marzo, Saint-Just, pide las vidas de Simon y Heraul de Sechelles.

No había hombre más inocente que este último, ni mejor patriota; y sin embargo, Robespierre exhibió un documento que le aportaron de Tolon contra Heraul y que comenzaba con las siguientes fatídicas palabras: «Entre nosotros hay un traidor...» Billaud teme por su vida, y dice: «Será Heraul el traidor, el amigo de Proly.»

Los crímenes que cometió Heraul, redúcense á su carácter expansivo y ligero, pues conservaba relaciones con todo el mundo, pero siempre superficiales.

Una hermosa mujer realista, enamorada locamente de él, seguía paso á paso. Simón y él quisieron salvar una vez á un hombre acusado de emigración.

Heraul, sin embargo de estas pequeñeces, había conquistado méritos suficientes para que su vida fuese respetada.

Sin embargo, el golpe se dió. ¿Quién será la primera víctima?

Temblando de furor los dantonistas se apercibieron el día 18 por la mañana que lejos de ser ellos los sacrificados, elegíanse las víctimas entre las opuestas filas.

Habíase procedido contra Chaumette, golpe imprevisto, porque realmente Chaumette y su consejo general hacía mucho tiempo que habían perecido. Chaumette habíase resignado ya con su nulidad.

Nada quería decidir. Todo lo enviaba á los comités, aun las cuestiones más insignificantes. Pero por pequeña que fuese su importancia, el arresto del pobre apóstol de la Razón fué una deliciosa sorpresa para los clericales y los realistas.

Los prisioneros del Luxemburgo, á donde se envió á Chaumette, bañábanse en agua de rosas. Su entrada en el Luxemburgo fué celebrada con risas y bromas mortificantes.

Los dantonistas, lejos de reír, permanecieron serios, taciturnos, pues comprendieron que cuando se encarcelaba á un hombre tan inofensivo, no estaban ellos muy lejos de sufrir idéntica suerte.

Legendre, Tallien, Dufourny lanzáronse en insultos contra los vencidos, y en los Jacobinos aplastaron á los cordeleros, que con la cabeza inclinada fueron á excusarse y á pedir apoyo en aquellos momentos de peligro.

Danton no se amedrentó y llegó hasta á defender á sus enemigos. El día 18 en la Convención, cuando la Comuna humillada expuso tristemente, tardíamente su alegría ante el golpe que la había anulado, el viejo alsaciano Rhul, presidente entonces, hombre valeroso y honrado, levántose para protestar con indignación.

Danton levántose entonces: «La respuesta del presidente es digna de la magnitud del pueblo, pero reina en esta cuestión una severa justicia que pudiera ser interpretada tordidamente. La casi totalidad de la Comuna permanece pura y revolucionaria. Se ha hecho digna de la libertad y sería injusto hacerla apurar la copa de la amargura. Evitémosle el dolor de las censuras.»

Estas palabras lo mismo defendían á los presentes que al pobre Chaumette.

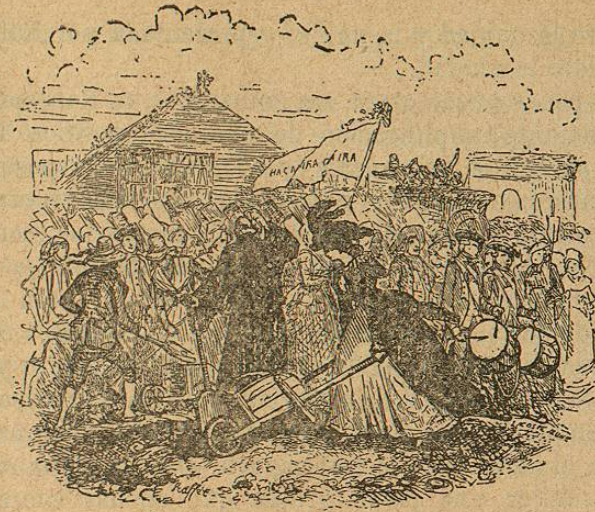
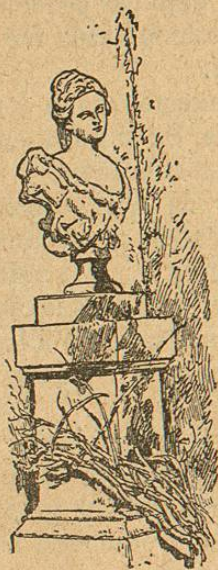
Rhul quiso abandonar el sillón presidencial para replicar, pero Danton prosiguió: «Si mi palabra ha hecho traición á mi pensamiento os pido perdón. Lo mismo te perdonaría, presidente, si hubieras cometido

tu el error. Mira en mí á un hermano que expresa libremente su opinión.»

Rhul, ante estas palabras, se arrojó á los brazos de Danton.

¡Nobles expansiones y anhelos de Danton!

Ya era peligroso entonces declararse amigo suyo. La Convención lo aplaudió, rodeando con sus simpatías, su entusiasmo y sus lágrimas el abrazo de los dos amigos que debía ser el último.



CAPITULO II

Los dantonistas intentan destruir la dictadura (10 Marzo 94)

Se pretende perder á Danton.—Popularidad de los dantonistas.—La asamblea inclinase á la indulgencia. Bourdon consigue el arresto del jefe de policía.—Robespierre revoca la orden de arresto.—Manejos de Robespierre en los Jacobinos.

Saint-Just en su informe contra Hebert pronunció las siguientes extrañas frases: «Queremos destruir á los enemigos de la tiranía, á cuantos llevan el cuchillo de Bruto escondido en sus vestiduras.»

Sin duda en otra época cuando la tierra sagrada tembló al paso de sus enemigos, cuando la Francia del 92 pareció respirar apoyada en un hombre hacia el cual todo el mundo dirigía sus miradas, ocurrió algo parecido á la aparición del César, pero más grande... porque lo que aparecía era el espíritu de la Revolución.

Sin embargo, las pasiones humanas desencadenáronse para perderse los hombres mutuamente.

En el proceso de Hebert siempre que había que nombrar á Pache, sustitúíase este nombre por el de Danton. La falsificación no podía ser más atrevida.

El juez Coffinhal, auvernés, ligado á Robespierre íntimamente, estaba dispuesto hasta á llegar al crimen, falsificar declaraciones y respuestas de los acusados, sin respeto á las palabras sagradas de quienes iban á morir. Cambiaba los conceptos, añadía, quitaba y truncaba á su antojo.

Los robespierristas, sin duda, deseaban la muerte.

Representaban el partido del orden, y mezclando sus secretos instintos monárquicos á las ideas republicanas, emplazaban sus principios